

Las cuales palabras, sobre todo dichas por un doctor en Teología de la secta episcopal, contienen una confesión muy preciosa. Porque á cualquiera ocurre preguntar: ¿Dónde está en vuestra Iglesia ese poder definitivo y ejecutivo que exigís? ¿Eslo acaso el Rey de Inglaterra, hoy Eduardo VII, Jefe nato de la Iglesia episcopal anglicana? Pero la rama de América, desgajada del árbol del episcopalismo inglés, no reconoce autoridad ninguna fuera de los Estados Unidos. Y en esta República, ¿cuál es la autoridad civil ó eclesiástica que reasuma en sí un poder definitivo y ejecutivo en lo dogmático, lo mismo que en lo moral? ¿Quién es el supremo Jerarca á quien han de prestar obediencia el Episcopado, el Clero y los fieles de la «Iglesia episcopal protestante de los Estados Unidos de América,» como ellos se apellidan?

Aquí está todo el punto de la dificultad. Porque todo el mundo sabe que la única autoridad que presuma especial misión y asistencia de lo alto para declarar la doctrina de Jesucristo, y que se crea revestida de poder supremo para exigir el cumplimiento de sus decisiones, es la Iglesia católica romana, de la que el Papa es Cabeza suprema y Pastor universal.

## CAPÍTULO XXVIII

### PECADORES Y SANTOS

Viendo la superioridad evidente del Catolicismo que resulta del presente estudio comparativo, se habrá alguien imaginado que habríamos de celebrar nuestro triunfo con transportes de extraordinario júbilo y alegría. Sin embargo, no es así. La satisfacción que nos causa esta relativa ventaja, va mezclada de una profunda tristeza, nacida de ver tantos pecados y crímenes en cada uno de los dos opuestos bandos que aquí se disputaban la victoria.

Hay vicios y pecados entre los católicos, y también entre los protestantes, es también muy cierto. Certísimo es que los de estos últimos son más graves y numerosos que los de aquéllos: sin embargo, si se consideran los dogmas fundamentales de las dos opuestas y encontradas creencias, los de la una, revelados por el mismo Dios; los de la otra, nacidos de las aberraciones de la débil razón humana; si se atiende á las copiosas y eficacísimas gracias sobrenaturales que para vencer las pasiones y practicar la virtud se comunican abundantemente á los unos y se niegan á los otros; si todo esto se tiene en cuenta, hallaremos que el cotejo anterior debería resultar para los católicos doblemente favorable de lo que en realidad resulta.

Después de todo, anteponerse á una religión de tan extremada pobreza espiritual como el Protestantismo, diciéndole: «Soy menos inmoral y menos mala que tú,» es una alabanza muy indigna en labios de una religión que es la religión de los Santos; es un himno de triunfo muy triste para que, quien está asegurado en la firme roca de la verdad, lo cante á los oídos de un enemigo que titubea en el pantano cenagoso de la duda y del error, sin hallar

en parte alguna punto de apoyo: es una ostentación de trofeos muy poco honrosa para quien, disponiendo de las armas todas del poder divino, logra postrar á sus plantas á un adversario inerme y debilitado.

Para la Una, Santa, Católica y Apostólica Iglesia de Dios, fecunda Madre de Santos y verdadero cielo de las almas (si cielo pudiera haber sobre la tierra), sería ciertamente una menguada gloria el que, dirigiéndose al pobre y harapiento Protestantismo, desgarrado por innumerables excisiones intestinas, le dijera: «¡Mira las estadísticas! ¡Mis hijos no son tan malos como los tuyos!»

Así es, en efecto. Por eso la Iglesia católica jamás se ha valido de tal argumento para probar su verdad y su santidad. Pero el Protestantismo, deseoso de parangonarse con el Catolicismo, y firmemente convencido de que en la parte doctrinaria, tanto dogmático como moral, no puede ni á cien leguas equipararse, ha echado mano de este rastrero argumento, que, aparentemente al menos, le da algunos puntos de contacto con su rival: «Tú—ha dicho—eres tan malo y tan perverso como yo!»

Consúltese la historia apologética del Protestantismo. Haces siglos, lo mismo que hoy, toda ella se reduce á un zurcido de burdas calumnias con que se explota á maravilla la candidez é ignorancia de las masas populares. En toda ella no se hace más que repetir en todos los tonos posibles esta misma canción: «Los pueblos católicos son los más ignorantes. La doctrina católica enseña que la ignorancia es madre de la devoción. Los católicos son más incivilizados, más pobres, más criminales, más tales y más cuáles.»

¡Á cuántas y cuántas almas se habrá engañado con esta sofística gritería! Impedir, pues, que en lo sucesivo caiga nadie en las redes de la mentira y hacer ver claro como la luz meridiana lo falso y absurdo de tales recriminaciones, ha sido el único fin que nos propusimos al escribir esta obrita.

Que tanto en el Catolicismo como en el Protestantismo hay pecadores, nadie lo niega. ¡Demasiados hay, por desgracia! Pero, ¿de qué aprisco sale el Buen Pastor á buscar la oveja descarriada, y va lejos, muy lejos, sin perdonar á trabajo ni á distancia, hasta que al fin la encuentra, y poniéndola sobre los hombros, la vuelve alegre al rebaño, del que en mal hora andaba alejada? ¿Quién ha sido en todos tiempos la tierna y solícita madre que ha exco-

gitado toda clase de artificios é invenciones para el alivio y bienestar de los desventurados, de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos, de los niños abandonados, de los ancianos é inválidos, en fin, hasta de las infelices mujeres á quienes el vicio ha convertido en los seres más abyectos de la tierra?

¿Quién puede arrogarse tamaña gloria sino la Iglesia católica? ¿Quién sino ella cura y cicatriza las heridas del alma por asquerosas que sean? Por eso gusta de ser apellidada con el hermoso renombre de «Refugio de pecadores,» timbre de honor singularísimo, que también se tributa á la Madre de Dios, María Santísima, como uno de sus títulos más honoríficos.

Pero la misión de la Iglesia no es sólo cooperar con Jesucristo en la obra divina de la Redención, estableciendo paz entre Dios y el pecador; incúmbele también continuar el otro fin, más grande si cabe, que el Hijo de Dios se propuso en su venida al mundo en carne mortal: la santificación de las almas.

Y aquí también es donde el Protestantismo aparece inmensamente inferior: incapaz aun de sufrir comparación. ¿Dónde está el poder santificante del Protestantismo? ¿Dónde está el catálogo de sus santos, comparado con esa gloriosa pléyade de almas perfectas que en todo tiempo han formado el ornamento más precioso y la corona del Catolicismo? ¡Ah! Solamente la Iglesia, fundada por el mismo Dios y enriquecida por los dones sobrenaturales de su liberal mano, puede poseer esa fuerza misteriosa para santificar á un alma y conducirla por los senderos de la cristiana perfección.

Y tal Iglesia no es más que una, por antonomasia apellidada Santa: la Santa Iglesia Católica; campo fértil donde se dan los sabrosos frutos de todas las virtudes cristianas, y escuela de la más elevada perfección. Ella, en efecto, ilustrando el entendimiento con las verdades reveladas, y educando el corazón con el ejercicio de las virtudes cristianas, conduce á las almas generosas que se someten á su dirección hasta la unión íntima con Dios.

La débil razón humana en ninguna cosa ha descubierto para el hombre peregrino sobre la tierra destino tan noble ni dicha tan completa como en el servir y adorar á un Dios Criador. Pero el Catolicismo, y sólo el Catolicismo, depositario del rico tesoro de la revelación hecha por Jesucristo, sublima infinitamente el destino de los mortales sobre la tierra, exhortándolos á la imitación de la vida del mismo Dios. «Sed perfectos—dice á

sus fieles,—como vuestro Padre celestial es perfecto.» Y los que, sintiendo en sí alientos para cumplir este consejo de su Madre la Iglesia, se esfuerzan incesantemente por asemejarse al dechado de perfección infinita, la santidad de Dios, tales son los que el Catolicismo canoniza con el glorioso título de Santos. ¡Inefable exaltación de la humana naturaleza!

Y aquí volvemos á preguntar de nuevo: ¿Quién es capaz de realizar tamaño prodigio, como es el que la criatura nacida en pecado participe en alguna manera de las perfecciones y vida santísima del mismo Dios? El Catolicismo ha visto reproducido este milagro del orden sobrenatural en millones y millones de hijos suyos, elevados al honor de los altares.

¿Puede el Protestantismo presentar nada que á esto se parezca? No. El Protestantismo jamás ha soñado en canonizar á ninguno de sus adeptos, ni lo canonizará.

## CAPÍTULO XXIX

### LA VUELTA Á LA FE CRISTIANA Y Á LA UNIDAD

La Reforma del siglo XVI es considerada por muchos como una revolución religiosa que dió nueva organización al Cristianismo y creó un nuevo poder en la Iglesia de Dios, con plenas facultades para libertar á los pueblos de la coyunda de Roma. Pero no: la Reforma no merece llamarse revolución, puesto que dejó incólumes el antiguo credo y la antigua constitución jerárquica del Catolicismo: cuádrale mucho mejor el título de rebelión religiosa.

El nombre de protestantes, que se apropiaron los corifeos de la nueva secta, expresa muy al propio el carácter de aquel movimiento religioso, que no consistió en otra cosa que en protestar é insurreccionarse contra el orden ya establecido en la Iglesia de Dios. El Protestantismo no edifica nada; no sabe más que destruir. Jamás ha podido congregar á sus dispersas muchedumbres en un Concilio general, donde se formulase el símbolo de las creencias y se redactase la constitución de la nueva forma de Cristianismo. Ni aun siquiera ha logrado juntar en uno las abigarradas haces desertoras de Roma, y dirigir con todas ellas un ataque organizado y uniforme contra unos mismos dogmas revelados.

En lo único en que todos convienen, es en atacar bajo diversos pretextos al Catolicismo; de modo que pudiera afirmarse que si éste, por un imposible, desapareciera del mundo, el Protestantismo carecería de razón de ser.

Quien detenidamente examina la naturaleza de la Reforma, no podrá menos de extrañar que, ora se la considere como un sistema general (si nombre de sistema merece una aglomera-